

Perú-Uruguay: itinerarios de una vinculación¹

Bruno Podestá*

* Escritor y académico peruano residente en Montevideo. Se doctoró en la Universidad de Florencia. Ha sido profesor visitante en la Universidad Libre de Berlín (Alemania) y las universidades de Pisa (Italia) y de Pittsburgh (Estados Unidos). Más recientemente, fue agregado cultural de la Embajada del Perú en Uruguay (2001-2015).

✉ bpodesta63@gmail.com

Las relaciones² entre el Perú y Uruguay, el conocimiento entre sus gentes y sus respectivas culturas, inclusive los intercambios comerciales, se han llevado a cabo a través de la historia en formas que han variado en el tiempo de manera considerable: primordialmente jurídico-territoriales en la época colonial; relaciones oficiales y diplomáticas a partir del período republicano; con la presencia de personalidades de la literatura, la cultura y la política en diversos momentos; comercialmente y en flujos turísticos crecientes pero limitados, en épocas más recientes.

La mirada de la sociedad uruguaya a su propia cultura —aquello que los sociólogos llamarían *construcción social de la realidad*— ha estado secularmente basada en el componente europeo. Conformado por inmigrantes españoles, italianos, ingleses, franceses y alemanes, amén de armenios, libaneses, suizos y rusos, entre otros, el país se ha nutrido de los valores y costumbres de los que llegaron. Sin embargo, esa orientación ha ido cambiando en décadas recientes y dirigiéndose paulatinamente a la propia región.

1 Agradezco al historiador Ramiro Podetti, profesor de la Universidad de Montevideo, por sus aportes y sugerencias. Este artículo ha sido elaborado sobre la base de fuentes secundarias.

2 Se utiliza el término *relaciones* tanto en el sentido que le otorgan los estudios internacionales (relaciones internacionales: que tienen lugar entre Estados u organismos que reúnen Estados) como la sociología (relaciones sociales: interacción entre personas o grupos de personas y sus instituciones).

Sería impensable escuchar hoy lo que una figura de las más representativas de la política, y en parte también de la cultura, recomendaba con convicción en un reportaje periodístico de hace unos pocos años, antes de que irrumpiera la crisis de Portugal, Italia, Irlanda, Grecia y España: que el Uruguay debía mirar a Europa y no a «la América profunda» —léase mundo andino—, para inspirarse en los caminos a seguir.

Paralelamente a esos cambios en la sociedad uruguaya, la imagen internacional del Perú —fomentada a partir de logros macroeconómicos, y plasmada en gran parte en su gastronomía y sus atractivos turísticos—, se ha transformado en un punto de creciente interés para numerosos países incluyendo Uruguay. Todo esto sobre un telón de fondo en el que los países rioplatenses y los andinos se mantuvieron por décadas poco conocidos y vinculados culturalmente. En tal panorama, es posible recorrer algunos itinerarios de intercambio y vinculación.

Continuidad territorial, virreinato, república

Es habitual imaginar los vínculos entre los países suramericanos —en especial entre los no limítrofes, con anterioridad a las gestas emancipadoras y al nacimiento de las repúblicas independientes— como casi inexistentes, como si de un vacío se tratara; un «vacío» que guarda relación con la elaboración de historiografías con eje en lo nacional, ausentes de una visión construida desde lo regional, suramericano o latinoamericano.

La aparición misma del término *América Latina* puesta originalmente en circulación por los franceses en tiempos de Napoleón III, en el contexto de un poder declinante de españoles y portugueses, como forma de hacerse de un lugar en la región, muestra las dificultades que el subcontinente ha tenido para verse a sí mismo como un conjunto con determinados denominadores comunes.

En ese contexto de «vacío» más historiográfico que real —en este caso en relación con el Perú y Uruguay—, debemos al pensador uruguayo Alberto Methol Ferré el haber señalado en reiteradas ocasiones la existencia de un pasado común suramericano alrededor del Virreinato del Perú: durante más de doscientos años (hasta la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776) gran parte del territorio de América del Sur, incluyendo lo que actualmente es Uruguay, perteneció al centro colonial fundado en Lima en 1542. En tal sentido, dicho territorio y sus poblaciones dependieron de las instituciones y el ordenamiento jurídico virreinal con sede en la Ciudad de los Reyes.

En esa continuidad territorial, militar y jurídica (impuestas las dos últimas por la conquista), es posible encontrar las huellas de diversos puentes sociales y culturales, no solo económicos.³ Hubo descendientes de la nobleza inca que se establecieron en tierras

3 En lo que respecta al pasado precolombino, como sostiene el arqueólogo uruguayo Mario Consens, no

rioplatenses, e inclusive cuando aún sobrevivían en una Argentina en gestación admiradores de las monarquías europeas, los congresales de Tucumán de 1816 propusieron «persuadir al gabinete de Brasil a que se declare Protector de la libertad e independencia de estas Provincias restableciendo la casa de los Incas y enlazándola con la de Braganza», según anota el argentino Pacho O'Donnell (2012).

Al mismo tiempo, prosigue O'Donnell refiriéndose a José Gervasio Artigas —figura fundacional del Uruguay—, «los Artigas descendían de hidalgos aragoneses cuyos primeros rastros se remontan al siglo XIV», mientras que «los Pascual Arnal —rama materna del caudillo— habían participado en las luchas contra los invasores musulmanes de la península Ibérica», y «Francisca, madre del futuro jefe oriental, aportaba además abolengo indígena, pues su abuela materna descendía de la princesa incaica Beatriz Túpac Yupanqui».

De otro lado, en el ámbito de las letras coloniales, una obra clásica de la literatura va a dejar una huella particularmente significativa: *El lazarrillo de ciegos caminantes*, libro de viajes en clave picaresca y paródica del español perulero Alonso Carrió de la Vandra (1715-1783) que relata una «relación de lo que había observado desde Montevideo a Lima por el Camino Real de postas, al que fue destinado por la Corte». Según su propia confesión, recorrió un «espacio de mil leguas» que, partiendo de Montevideo y pasando por Buenos Aires, llegaba a Lima.

En los orígenes de la actual ciudad uruguaya de Canelones, a inicios del siglo XVIII, aparece asimismo un cusqueño de nombre Santos Pérez Llamac, nacido en la parroquia de San Blas en septiembre de 1715,⁴ quien antes de 1744 se contaba ya como vecino de Montevideo, donde se casó con Leonarda Conget (india según algunos registros, parda según otros), siendo él maestro sastre y propietario de la casa que ocupaba la esquina noroeste de las actuales calles de 25 de Mayo e Ituzaingó.

Santos Pérez Llamac se encuentra varias veces mencionado en los libros de casamiento de la iglesia matriz capitalina como testigo, entre otros, en el enlace de Bartolomé Mitre —abuelo del presidente argentino homónimo— con Catalina Campos, el 29 de noviembre de 1758. Al año siguiente, es testigo del casamiento de Miguel Caravallo, indio nacido en la reducción guaraní de San Cosme, con María Rosalina Salinas, india paraguaya, y recibió por esos años una donación de tierras sobre el arroyo Canelón, de Juan Jofré de Arce, terreno en el que erigió una capilla consagrada a la Virgen de Guadalupe.

Años después, su viuda, Leonarda Conget, donó siete cuerdas de campo en torno a la capilla para crear un poblado. La capilla fue elevada a parroquia en 1775 y, según el

se conocen vestigios humanos ni presencia de objetos (utensilios, herramientas, tejidos) que den razón de relaciones que pudieran haber existido entre las poblaciones de los Andes centrales y las del actual territorio uruguayo (entrevista personal, 17.1.2013).

4 Esta información proviene de declaraciones de Santos Pérez Llamac tomadas del archivo de la Curia de Montevideo por el investigador Juan Alejandro Apolant (1975).

historiador Aníbal Barrios Pintos, debe considerarse a su primer cura, Juan Miguel de Laguna, el fundador de Canelones, porque fue quien hizo el primer trazado y reparto de solares a partir de la iglesia y la donación de predios (Barrios Pintos, 1971). De este modo, el nombre del cusqueño Santos Pérez Llamac quedó unido a la historia de Canelones, tanto por haber establecido la advocación de la Virgen de Guadalupe, que diera luego su nombre original a la ciudad, como por la cesión de tierras para el trazado urbano que realizara su viuda.

También la Plaza Pascual de Chena de la ciudad de Rosario en el actual departamento de Colonia habla de presencias similares, pues debe su nombre a uno de sus primeros pobladores, Pascual de Chena, o Chenay, llamado El Colla, lo que ha quedado también establecido en la toponimia del lugar: arroyo del Colla, región del Colla, e incluso en el nombre de la ciudad, Rosario del Colla, en alusión a su origen, pues diversas referencias lo dan como nativo de Arica, parte del Virreinato del Perú.

Uno de los primeros registros de la presencia de El Colla en el actual territorio uruguayo proviene del acuerdo de paz logrado el 22 de marzo de 1732 que puso fin a la llamada guerra minuana ya que colaboró con su mediación a pedido del Cabildo de Montevideo. Esta comisión la cumplió junto al alférez real Juan Antonio Artigas. Otras referencias lo dan como amigo de la familia Artigas.

Uruguayos en la independencia peruana

El general oriental Eugenio Garzón (1796-1851), luego de servir a órdenes de José Gervasio Artigas, pasó al Ejército de los Andes y de allí al Ejército Libertador del Perú; desembarcó en Pisco y participó en las acciones que culminaron con la ocupación de Lima. Como ayudante del Estado Mayor General, Garzón tuvo destacada actuación en la batalla de Ayacucho y ascendió un año más tarde, en 1825, al rango de coronel. Retornó tiempo después al Uruguay donde participó en la guerra librada contra el Imperio del Brasil para defender la independencia de la Banda Oriental.

Proveniente de otras canteras sociales, el coronel Juan Espinoza de los Monteros Lanza (1804-1871), nacido en el seno de una distinguida familia española afincada en Montevideo, dejó su ciudad natal siendo aún adolescente para enrolarse en las filas del Libertador San Martín y desembarcó en el puerto de Pisco como oficial del batallón 98 del Río de la Plata.

Espinoza de los Monteros Lanza llegó a ser subsecretario de Guerra y Marina del Perú. Actuó con esa investidura en el combate del 2 de mayo de 1866 en defensa del territorio peruano ante el ataque de la escuadra española, la cual, derrotada, se retiró sin pretender nuevamente recuperar el territorio que había sometido con la conquista y colonización. En armonía con su ideología liberal, presidió la Sociedad Protectora de los Indios en 1867, siendo también en esos años un autor prolífico. Murió en Ancón, al norte de Lima. En reconocimiento a su contribución al Perú, sus restos descansan en la Cripta de los Héroes, en el Panteón de los Próceres.

José Carlos Mariátegui, la revista *Amauta* y Uruguay

Diversas valoraciones señalan los vínculos y las influencias establecidos entre José Carlos Mariátegui y la revista *Amauta* (1926-1930) por él dirigida y personalidades y publicaciones de la época en Uruguay. En tal sentido, el presidente de la Fundación Vivian Trías —vinculada al Partido Socialista de Uruguay— y exministro de Justicia del primer gobierno del Frente Amplio, José Díaz (2012), sostiene que los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de Mariátegui «fueron una importante fuente de inspiración en nuestra búsqueda de un nuevo camino hacia un socialismo, hacia una izquierda nacional, a mediados del siglo pasado, lo que a su vez dio lugar en 1985 a que la Declaración de Principios del Partido Socialista, en el capítulo II dedicado a las fuentes ideológicas reconociera al *mariateguismo* como una de ellas». Prosigue Díaz: «Mariátegui publicó un artículo sobre las elecciones uruguayas de 1928 en la revista *Labor* después de haber publicado un año antes el artículo «Política uruguaya» en la revista *Variedades*, ambas limeñas».

Mariátegui murió en abril de 1930 y dejó una obra de consideración. La noticia de su muerte —sostiene Díaz— tuvo honda repercusión en Uruguay. En el número 15 de la revista *La Pluma* (1927-1931), apareció una destacada nota necrológica, posiblemente escrita por su director Alberto Zum Felde, comentando lo siguiente: «Con Mariátegui desaparece uno de los más fuertes y eficientes valores intelectuales y humanos de la América Latina y uno de los más altos representantes de la nueva generación, en cuanto esta significa la conciencia y la voluntad de una profunda renovación de ideales y de normas... Mariátegui fue quien, el primero, puso el dedo en el resorte central del problema social de su país —y de otros países—: el régimen económico de vida, que es como la morfología orgánica de las sociedades».

Tiempo después, en 1932, en *La Gaceta de Montevideo*, Emilio Frugoni, fundador del socialismo uruguayo, escribió un ensayo en homenaje a Mariátegui que recogió luego en su *Libro de los elogios* bajo el título de «José Carlos Mariátegui», afirmando que «Afectado de una enfermedad que lo clavaba en un sillón, fue en su medio el más maravilloso "hombre de acción" inmóvil, que llega a donde quiera por los caminos del pensamiento, [...] como el mar, no necesitaba abandonar su lecho para ponerse en contacto con los más lejanos confines».

Vivian Trías, de otro lado —explica Díaz—, en su libro *Perú: Fuerzas armadas y revolución*, sostiene que «Mariátegui supo combinar admirable y porfiadamente lo que hay de universal y de singular en la dialéctica socialista haciendo confluír, fecundamente, el socialismo y el nacionalismo».⁵

5 José E. Díaz (2012). Discurso de cierre de las «Jornadas América Latina: Homenaje a José Carlos Mariátegui», Fundación Vivian Trías-Facultad de Humanidades de la Universidad de la República, Instituto de Profesores Artigas. Montevideo, 15-16 de agosto.

Dos trabajos recientes realizados por las jóvenes investigadoras uruguayas Florencia Morera y Jimena Torres (2012a, 2012b) han ubicado las relaciones intelectuales surgidas entonces en el marco de las vanguardias latinoamericanas, en la necesidad de construir un discurso de lo americano y en el tratamiento de la identidad, y han focalizado su análisis en las revistas *Amauta* y *La Pluma*, señalando que con el tiempo ambas publicaciones «experimentaron una creciente politización».

El papel de algunos escritores

Dos figuras destacadas de las letras peruanas constituyeron un nexo de significación en el terreno cultural en el siglo xx: el poeta Juan Parra del Riego y el crítico literario y poeta Xavier Abril de Vivero.

Juan Parra del Riego (Huancayo, 1894-Montevideo, 1925), tras haber obtenido el premio de los Juegos Florales de Barranco en 1913 y viajado por la costa norte peruana hasta llegar a Guayaquil, luego Chile, Argentina, Uruguay, y de allí Europa, regresó a Montevideo en 1917 para arraigarse en esa ciudad, y se inscribió plenamente en el vanguardismo de los años veinte.

Futurista y admirador del progreso, dedicó poemas a los objetos representativos de la naciente prosperidad tecnológica: «Al motor maravilloso», por ejemplo, como símbolo del optimismo modernista de esos tiempos. Casado con Blanca Luz Brum, en su poesía incursionó en temas populares de honda raigambre oriental que, como el fútbol y el carnaval, habían permanecido ajenos al interés de la creación literaria hasta ese momento. En 1919 apareció su «Loa del fútbol», y es también autor de un polirritmo que dedicó al destacado *forward* del club Peñarol, Isabelino Gradín, lo que forma parte del legado de la formación aurinegra en la que años más tarde destacara también, como otra de sus glorias, el puntero izquierdo peruano Juan Joya Cordero.

Víctima de una frágil salud, Parra del Riego falleció en edad temprana. La placa recordatoria que acompaña al busto del poeta ubicado en la recogida plazoleta montevideana que lleva su nombre señala que él constituyó un «vínculo auténtico de las relaciones peruano-uruguayas». Lima también lo recuerda en un rincón recoleto y melancólico, bajo el Puente de los Suspiros, en el Barranco que supo premiar sus poemas juveniles.

Hace más de dos décadas, la editorial Arca editó en 1994 el poemario *Himnos del cielo y de los ferrocarriles*, originalmente aparecido en 1925. Con ello, se devolvía actualidad y presencia a la obra de Parra del Riego, a la vez que se rebatía, metafóricamente hablando, la sentencia *wiltmaniana* de uno de sus propios versos: «Oh, Capitán, mi Capitán, ¡mi Capitán! / tú dices: todo vuelve / pero yo contra tu pecho grito: / ¡nada vuelve!».

Xavier Abril de Vivero (Lima, 1903-Montevideo, 1990) es otra personalidad de las letras peruanas que también ocupa un lugar en el quehacer literario y cultural de ambos países. Prolífico ensayista y poeta, estudioso de las obras de César Vallejo y de José María

Eguren, después de residir en Francia y en España —país este último que abandonó al iniciarse la guerra civil—, y de regresar por un tiempo al Perú, se estableció en 1948 en Montevideo, donde se casó con una uruguaya y echó raíces, si bien se alejó en algunas ocasiones de la ciudad para residir por un tiempo en Brasil y en Argentina llevado por su actividad académica, también para viajar a Europa y pasar un tiempo en Florencia, donde alternó con los *peruanistas* italianos Antonio Melis y Roberto Paoli.

Xavier Abril de Vivero se desempeñó como agregado cultural de la Embajada del Perú en Uruguay de abril de 1972 a octubre de 1987. Fueron precisamente esos años de escritor y diplomático los evocados por el ministro de Relaciones Exteriores del Perú de entonces, el embajador Allan Wagner Tizón, al develar una placa colocada en memoria del poeta en la que fuera su vivienda montevideana en la calle Barrios Amorín 1531, en el marco de la visita oficial realizada al Uruguay el 4 de noviembre de 2002: «Develar esta placa —dijo Allan Wagner— que evoca la memoria de nuestro poeta y crítico literario Xavier Abril, no es solo un acto por el cual el Perú y Uruguay reconocen y agradecen la obra de uno de los poetas más importantes del Perú del siglo xx. Es además un acto de profundo significado subjetivo que me compromete en lo personal».

Luego de rememorar que su primer destino en el exterior como diplomático fue Montevideo, queriendo el azar que coincidiera con Abril de Vivero cuando este se desempeñaba como agregado cultural, el entonces canciller Wagner Tizón (2002) afirmó que «por ello es que en este momento mis sentimientos integran el homenaje oficial del Estado peruano a Xavier Abril y la emoción del recuerdo personal e íntimo al ser humano y al compañero de mis primeros años como funcionario diplomático en Montevideo».

Hay noticias igualmente de las visitas al Uruguay en diversos momentos de varios destacados escritores peruanos: varias de José María Arguedas en 1966, reiteradas visitas literarias de Mario Vargas Llosa tanto en Montevideo como en Punta del Este, y más recientemente de Alonso Cueto, Abelardo Sánchez León, Carlos Germán Belli, Jeremías Gamboa y Santiago Roncagliolo, entre otros.

Torres García, Blanca Luz Brum y Alfredo Zitarrosa

Joaquín Torres García, la más destacada figura de la plástica uruguaya, representa también —aunque en una manera distinta a los ejemplos mencionados—, un vínculo entre ambas culturas. Si bien no visitó el Perú, Torres García tuvo un marcado interés en el mundo precolombino, lo que quedó plasmado en su trabajo *Metafísica de la prehistoria indoamericana*, donde dejó constancia de su búsqueda en la estética de las culturas andinas. Dicho interés dejó asimismo huella en su obra pictórica en la que aspectos de forma y color dan testimonio del aporte recogido. La búsqueda de Torres García en el pasado precolombino no encontró un correlato sin embargo en el movimiento de renovación

cultural que se llevaba a cabo en el Perú en esos mismos años: el indigenismo, que tenía puesta la mirada en los muralistas mexicanos como generadores de una estética heredera de la Revolución mexicana.

Blanca Luz Brum, joven esposa y tras pocos años viuda de Juan Parra del Riego, mujer activa y liberal, fue lo que podría denominarse en palabras más actuales una figura *feminista* de inicios del siglo xx. Rescatada de los rigores de un internado de monjas por el escritor, después de la muerte de este se trasladó a Lima con el hijo de ambos. Allí se vinculó a José Carlos Mariátegui y su entorno, y participó de la intensa actividad cultural y política que se desarrollaba en ese ambiente. Las apariciones de Blanca Luz Brum en las páginas de la revista *Amauta* que fundara Mariátegui dan fe de la impresión que debió causar en ese medio aunque su obra poética no llegara a trascender ese breve momento de gloria.

Después del Perú, Blanca Luz viajó a Chile, Argentina, volvió a Uruguay, y luego se dirigió a México, donde estuvo vinculada al muralista Siqueiros, con quien regresó a Buenos Aires. Sus lazos con el Perú se desvanecieron. Murió en Chile, octogenaria ya, tras un largo recorrido por los caminos de la aventura y la contestación, curiosamente allegada al régimen de Augusto Pinochet, de quien recibió una condecoración (Achugar, 2001).

Alfredo Zitarrosa (Montevideo, 1936-1989), figura destacada de la música latinoamericana y el cantautor uruguayo más representativo —junto con Gardel, aceptando que el *morocha del Abasto* fuera oriental y no francés o porteño—, vivió en Lima en los años sesenta, donde ejerció el periodismo y dio sus primeros pasos como cantante y compositor.

Durante su estadía limeña, Zitarrosa cantó por primera vez en público, en el restaurante (era una *parrilla*, en realidad) de «Los Hermanos Gamarra», Yamandú y Guazú, y debutó poco después en televisión. Al mismo tiempo, como periodista escribió en el semanario *Oiga* y en la revista *7 Días del Perú y el Mundo*, inexistentes ambas actualmente. Fueron años en los que trabó amistad con los escritores César Calvo, Rodolfo Hinostroza, Reynaldo Naranjo, Juan Gonzalo Rose y Manuel Scorza, y conoció a Chabuca Granda, con quien se dice que tuvo una estrecha amistad (Pellegrino, 1999).⁶

Relaciones diplomáticas

Los inicios de las relaciones diplomáticas entre el Perú y Uruguay datan de 1849,⁷ cuando fue nombrado José María Civils cónsul del Perú en Montevideo. En 1861 Lima designa

6 Véase en especial el capítulo «En Perú nace el cantor», pp. 61-75.

7 Es decir, 28 años después de que el general José de San Martín declarara la independencia del Perú y constituyera los tres primeros ministerios del Estado republicano: de Relaciones Exteriores, de Defensa y de Hacienda.

a Buenaventura Seoane como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú en Argentina, Uruguay y Paraguay, asumiendo el cargo de ministro residente del Perú en la República del Uruguay, Imperio del Brasil y Paraguay a partir de 1862. A su vez, la República Oriental del Uruguay nombró cónsul general en Lima a Rocco Pratolongo en julio de 1867, mientras que en agosto del 1912 designó a Juan Carlos Blanco Sienra como primer enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República Oriental del Uruguay en el Perú.

Es destacable que entre los jefes de misión (denominados *enviados extraordinarios* y *ministros plenipotenciarios* en las etapas iniciales) se encuentran figuras destacadas de la diplomacia y cultura peruanas: Víctor Andrés Belaunde (escritor y destacado exponente del *arielismo* peruano; posteriormente presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas); los diplomáticos y escritores Felipe Barreda y Laos, y Luis Fernán Cisneros; José Luís Bustamante y Rivero (posteriormente presidente del Perú y presidente de la Corte Internacional de Justicia de La Haya); el poeta Pablo Abril de Vivero (hermano del ya mencionado Xavier); y el historiador de la economía peruana Emilio Romero Padilla, para citar algunos ejemplos.

El cine, el teatro y los tiempos de ahora

Más próximo a nuestros días, el mundo del cine latinoamericano cuenta con varios creadores uruguayos cuya formación y desempeño profesional se vinculan estrechamente al Perú. Walter Tournier, uno de los más destacados realizadores del cine de animación, vivió y trabajó en el Perú de 1975 a 1985; se vinculó intensamente a la vida cultural peruana y produjo en esa época *Nuestro pequeño paraíso*, destacada por el Festival Internacional de Cine de Animación de Annecy, Francia, como uno de «Los 84 Mejores Trabajos de Animación del Siglo xx».

En 2002, al recibir Tournier el Premio Príncipe Claus que le otorgara el Reino de Holanda como reconocimiento a «logros excepcionales en el campo de la cultura y el desarrollo», tanto él mismo como quien tuvo a su cargo la presentación del premio, el también cineasta Mario Handler, subrayaron la importancia de la experiencia peruana en su formación como cineasta y creador.

Frente a ese flujo de idas y vueltas, y tratando de afirmar el diálogo intercultural en la voz de los protagonistas, la embajada del Perú en Uruguay reunió en el 2002, en el coloquio «Perú, nuevas miradas a un antiguo país», a tres figuras de la actividad cultural uruguaya que en diversos momentos de sus vidas pasaron una etapa significativa en tierras peruanas: el director de teatro Marcelino Duffou, la periodista cultural Rosalba Oxandabarat y el ya mencionado Walter Tournier. Ellos desarrollaron una emotiva reflexión, desde el Uruguay, desde sus trabajos en las ramas de la cultura en las que se desempeñan, sobre el significado que para ellos tuvo y mantiene esa experiencia extranjera. El resultado fue un cálido reconocimiento a lo que la cultura peruana y andina tienen para ofrecer a otras

sociedades, en especial latinoamericanas, en particular a las rioplatenses, en términos de profundidad, riqueza y diversidad.

Comentario final

Son casi una veintena los esquemas de integración regional y subregional suscritos en América Latina desde 1960. Conforman un escenario de grandes objetivos pero enfocados en la circulación de bienes y capitales, y muy escasos en resultados en lo que al campo cultural se refiere.

Inmersos tanto Uruguay como el Perú en esos tejidos de integración de tan diverso y múltiple potencial, vale la pena recordar en ese contexto la conclusión principal a la que arribó la Comisión Pérez de Cuéllar —Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo— de la UNESCO en 1996: que la cultura es tanto un motor del desarrollo como un resultado de este. No hablaba de crecimiento, hablaba de desarrollo.

Y vale la pena evocar también la afirmación de Jean Monnet, uno de los padres de la unificación europea, reflexionando al final de su vida sobre su propio papel en dicho proceso: si tuviera que empezar de nuevo, dijo, comenzaría por la cultura.

Bibliografía consultada

- ACHUGAR, Hugo (2001). *Falsas memorias*. Blanca Luz Brum. Santiago de Chile: Lom Ediciones-Ediciones Trilce.
- APOLANT, Juan Alejandro (1975). *Génesis de la familia uruguaya. Los habitantes de Montevideo en sus primeros 40 años: filiaciones, ascendencias, entronques, descendencias*, tomo I. Montevideo: Imprenta Vinaak.
- BARRIOS PINTOS, Aníbal (1971). *Historia de los pueblos orientales: sus orígenes, procesos fundacionales, sus primeros años*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- DÍAZ, José E. (2012). Discurso de cierre de las «Jornadas América Latina: Homenaje a José Carlos Mariátegui». Montevideo: Fundación Vivian Trías-Facultad de Humanidades de la Universidad de la República-Instituto de Profesores Artigas, 15-16 de agosto.
- MORERA, Florencia, y TORRES, Jimena (2012). *La construcción de la historia de la literatura y la cultura americana: El diálogo creador entre Zum Felde y Mariátegui*, ponencia.
- (2012). *El diálogo entre las revistas Amauta y La Pluma. Una conexión internacional en la y de la vanguardia latinoamericana*, ponencia.
- O'DONNELL, Pacho (2012). *Artigas. La versión popular de la Revolución de Mayo*. Montevideo: Aguilar.
- PARRA DEL RIEGO, Juan (1994). *Himnos del cielo y de los ferrocarriles*. Montevideo: Arca.

PELLEGRINO, Guillermo (1999). *Cantares del alma. Una biografía definitiva de Alfredo Zitarrosa*. Montevideo: Planeta.

PODESTÁ, Bruno (2008). *Las dos caras de Jano. La cultura y los países en la era de la globalización*. Montevideo: CLAEH; también publicado el mismo año por el Fondo Editorial de la Universidad Mayor de San Marcos en Lima.

WAGNER TIZÓN, Allan (2002). «Intervención del Canciller del Perú, Embajador Allan Wagner Tizón, en el Acto de Revelación de una Placa Recordatoria en Memoria del Poeta Xavier Abril de Vivero». Montevideo, 4 de noviembre, discurso.